



El resto del fin de semana incluye muchas siestas y maratones de Netflix. Subsisto a base de recipientes de cereal. Mi teléfono no hace ni pío. Supuse que Alex le habría dicho a Owen por qué nos habíamos ido más temprano y que Owen le habría dicho a Hannah. Y que ella, por lo menos, me enviaría un mensaje e intentaría convencerme de salir de mi cueva cuidadosamente controlada, pero no. Ni una palabra. Y díganme inocente, pero realmente esperaba que Charlie me llamara y explicara quién era esa chica. De nuevo, un “no” monumental. Además de todo eso, mis padres están ocupados con la tienda de muebles que tienen en el centro y estoy bastante segura de que Owen estaba recuperándose de una resaca legendaria, por lo que, hasta la mañana del lunes, solo vi fugazmente a mi familia al ir de mi habitación a la cocina y viceversa.

—¿Cómo estás, hija mía? —pregunta mamá mientras arrastro los pies hasta el refrigerador buscando yogur.



–Gruñido.

–¿Alguna novedad? Tu papá y yo no te vimos en todo el fin de semana.

–Gruñido y gemido.

Se ríe y me alcanza una cuchara. Abro la tapa de papel aluminio de un yogur griego de arándanos.

–¿Cómo están las cosas con Charlie? –pregunta.

–Quejido, quejido.

–Mara Lynn.



–Están bien, mamá. Solo... raras todavía.

–Lo siento, cariño –acomoda un rizo rebelde detrás mi oreja.

Espero un poco más de consuelo, pero no dice más nada. Mis padres son padres bastante relajados. Confían en Owen y en mí. Tienen sentido del humor. Saben cuándo retroceder y cuándo presionar. No se vuelven locos cuando traemos a casa una calificación menor a un nueve. Y fueron generalmente comprensivos cuando les conté que también me gustaban las chicas mientras desayunábamos una mañana durante las últimas vacaciones de Acción de Gracias. Pero “oh” y “de acuerdo” y “queremos que seas feliz” son la extensión de su apoyo. Y bueno, eso es más de lo que muchos chicos reciben, especialmente en el sur, donde salir a la calle como *queer* puede ser como atravesar un campo minado en puntas de pie.

Sin embargo, cuando comencé a salir con Charlie, mamá se puso un poco nerviosa. Sus ojos se detenían en nuestras manos entrelazadas un poco más de lo normal y hacía preguntas sobre cómo habían *cambiado* las cosas entre nosotras. En su defensa, no creo que le importe el género de mis citas o de quien me guste. En lo que a Charlie respecta, sinceramente le preocupaba que el romance arruinara la relación con mi mejor amiga.

*Una mejor amiga es una persona irremplazable en la vida de una chica, Mara, me ha dicho más de una vez.*



Era molesto, pero al final le di la razón. Al menos eso fue lo que le dije. En realidad, me preocupaba mi relación con Charlie porque yo era incapaz de ser una novia normal. Una buena novia. Era defectuosa, y al final de cuentas, sabía que Charlie lo iba a notar.

No es que le haya contado a mi mamá algo de eso. Mi madre y yo... bueno, solo comunicamos lo que es absolutamente necesario que la otra sepa. Cuando era más pequeña, éramos tan cercanas que la llamaba a la medianoche cuando intentaba quedarme a dormir en la casa de una amiga. Ella venía a buscarme y yo dormía el resto de la noche acurrucada entre ella y papá. Owen se nos unía a la mañana siguiente, arremetía contra la puerta de la habitación y se lanzaba sobre el colchón. Entonces era feliz. Tenía amigos, pero simplemente no me gustaba estar lejos de casa, lejos de las personas en las que más confiaba.

Las personas que sabía que no dejarían que nada malo me sucediera.

Todo eso cambió después de primero del secundario. Intenté comportarme como siempre, intenté sentirme cerca de mi mamá de nuevo, le contaba pequeñas cosas sobre mi vida en un intento desesperado de conectar con ella. Pero todo se sentía fingido. Sé que ella lo sintió también, y estaba completamente confundida y herida por ello.

—¿Ya elegiste lo que te vas a poner? —me pregunta mamá con una sonrisa en el rostro mientras se sirve otra taza de café. El cambio de tema es notoriamente obvio, pero es mejor que un *te lo dije*. Sin embargo, no puedo evitar que se me escape una sonrisita al pensar en la nueva misión de *Empoderar*: enfrentarse al código de vestimenta violentamente inequitativo de Pebblebrook. *Empoderar* es el grupo feminista y el periódico que fundé en segundo año, y mi plan es forzar las reglas del código de vestimenta sin romperlas realmente. Seguramente más de una vez me arrastrarán hasta la oficina del director Carr, quien ante su incapacidad



de encontrar una violación a las reglas con su práctica cinta métrica, exigirá que me cambie. Dirá que soy una distracción. Dirá que los chicos siempre serán chicos. Dirá que, si soy una chica buena, debería ser más sensata. Porque eso es lo que le dice a toda chica que muestra un hombro, o que tiene piernas naturalmente largas debajo de su falda, o cuya talla de sujetador no se encuentre en la sección para niñas.

Y en ese momento, escupiré fuego.

Por un segundo, me pierdo en la simple belleza de la situación. La forma en la que lo derrotaré con palabras, con resistencia, con fría lógica y argumentos pensados. Solo pensar en eso me calma y me hace sentir en control. Charlie dice que estoy obsesionada con tener el control. Y tiene un poco de razón, aunque no sabe el porqué.


El sabotaje al código de vestimenta es una de las pocas cosas que compartí con mamá. Sabía que le encantaría la idea y, a decir verdad, quería asegurarme de que no me castigaría hasta el fin de los tiempos si terminaba en detención.

Como era de esperar, mamá literalmente chilló cuando le conté. La mujer tiene dos grandes pasiones en su vida: restaurar muebles antiguos para que parezcan todavía más antiguos y el feminismo. Antes de que papá y ella abrieran la tienda cinco años atrás, solía escribir notas de opinión para la revista feminista *Ms.* y todavía lo hace algunas veces al año. Siempre intentó que Owen y yo tuviéramos posturas propias sobre distintos temas y cuando fundé *Empoderar*, lloró. Lágrimas de verdad que necesitaron un pañuelo.

—Nada es definitivo, pero sí, tengo un par de ideas —respondo, limpio la cuchara con la lengua y la lanzo en el fregadero.

—Dime si necesitas ayuda. Rompí unas cuantas reglas en mi época.

—¿Quemaste tu sujetador en el patio de la escuela?



–No, me gustaba mi sujetador. Aunque sí me vengué de mi novio infiel de la secundaria y llené su casillero de globos de agua.

–¿Globos de agua?

–Eran globos de agua muy especiales –me guiña un ojo y no puedo evitar reír.

Mamá se ríe conmigo, los rizos rubios castaños que heredé caen sobre su rostro, pero luego su expresión se torna sobria. Apoya su taza, se acerca hacia mí y toma mi cara con sus manos.

–Sabes que estoy muy orgullosa de ti. Hay que ser valiente para desafiar a la misoginia institucional del sistema patriarcal.

Aunque quiero poner los ojos en blanco por las palabras dramáticas de mamá, un destello de calidez se expande en mi pecho. Pero desaparece con la siguiente exhalación. Mamá no sabe qué tan cobarde soy en realidad. Escribiría una impactante nota de opinión admonitoria si supiera el verdadero motivo por el cual inicié *Empoderar*.

–Ugh, ¿por qué existen los lunes? –pregunta Owen mientras entra a la cocina y se pone una sudadera verde oscura de Pebblebrook.

–Es la consecuencia inevitable del fin de semana –respondo. Mamá me da una palmadita en las mejillas una vez más y me suelta.

–Buen día, hijo mío.

–Gruñido –estallo de risa al mismo tiempo que mamá le da un golpe en la nuca a Owen con una revista enrollada.

–Ve a la escuela. Pórtate bien.

–Siempre me porto bien –responde alegre como siempre, aunque todavía luce exhausto y con resaca. Debe haber sido una gran fiesta.

Mamá nos obliga a soportar besos en la frente, tomamos nuestras mochilas y salimos al mismo tiempo. Owen le frunce el ceño a su teléfono cuando abro el Civic y lanzo mis cosas en el asiento trasero.



–¿Qué pasa? –pregunto y su expresión se intensifica.

–Nada. Solo que... Hannah no responde mis mensajes ni mis llamadas.

–¿Se pelearon?

Me mira, sus cejas están hechas un nudo.

–No.

–Tal vez se quedó sin batería. Yo tampoco hablé con ella.

–Sí –sus labios forman una línea fina al guardar su teléfono en un bolsillo–. De todas formas, ¿puedes llevarme a la escuela?

–Es tu auto también.

No hablamos en todo el camino, lo que es extraño, pero agradable. Necesito los minutos para repasar en mi mente lo que le voy a decir a Charlie. Además de *Empoderar*, tenemos tres clases juntas. Decidí que voy a actuar como si no hubiera pasado nada y que le voy a preguntar sobre esa chica porque eso es lo que hacen las amigas. Se escuchan y se hacen bromas sobre las personas que les gustan y sobre el inevitable incómodo momento del primer beso.

Los labios prominentes de esa chica pasan por mi mente y trago el nudo que se me forma en la garganta.

–Eso es lo que hacen las amigas –susurro para mí misma mientras aparco en el estacionamiento de la escuela.

–¿Eh? –pregunta Owen.

–Nada.



–Suenas muy convincente.

–En serio, no es nada.

–¿Así que la pelirroja que estaba con Charlie el viernes se llama “nada”? –hago una mueca de dolor.

–¿Las viste juntas?

Agita una mano.



–Tengo un vago recuerdo de algo colorado en las proximidades de Charlie. Pero bueno, tal vez era un vaso rojo gigante.

–¿Estabas tan borracho? –refriega su frente con ambas manos.

–¿Tienes que gritar todas tus preguntas? –me río y bajo un poco el volumen de la música.

–Por suerte tienes a Hannah para cuidarte.

Suspira, deja caer las manos sobre su regazo y gira hacia la ventana.

–Sí.

Se dispara una alarma en mi interior, una conexión de gemelos.

–¿Qué pasa? ¿Seguro que no pelearon?

Solo niega con la cabeza y vuelve a subir el volumen de la música. No puedo evitar poner los ojos en blanco. Claramente sí, se pelearon y seguro fue porque Owen se comporta como un idiota de fraternidad cuando bebe alcohol. Hannah se lo ha reclamado más de una vez.

–Buena suerte con Charlie –me dice cuando entramos a la escuela y nos separamos en el vestíbulo principal para dirigirnos a nuestras respectivas clases.

–Gracias. Buena suerte con Hannah.

Frunce el ceño, pero me despide con la mano y desaparece en una multitud de sus siempre risueños amigos de la orquesta.

Lo observo, pero mis ojos no se quedan en él demasiado tiempo. Casi inmediatamente, están buscando a Charlie. Repaso en mi mente las preguntas en tono tranquilo sobre la chica una y otra vez, determinada a ser una buena mejor amiga.

Salvo que nunca tengo la oportunidad de probar que soy una buena mejor amiga porque Charlie no viene a la escuela. Tampoco Hannah, y ninguna responde mis mensajes. En consecuencia, no solo paso todo el día obsesionándome con lo que le diría a Charlie, sino que ni siquiera puedo



hablarlo con Hannah en el almuerzo o mediante mensaje de texto. En conclusión, al final del día soy un volcán a punto de entrar en erupción.

Y para finalizar el postre con una cereza podrida, Greta me aborda mientras camino hacia mi auto.

–Hola, ¿Owen está bien? –pregunta.

–¿Qué quieres decir?

–Lo sacaron del aula en Cálculo y no regresó.

–¿No regresó? –frunzo el ceño.

–Espero que no esté enfermo. Dile que digo “hola”.

Pongo los ojos en blanco cuando llegamos al coche y ella se va. Tomo el teléfono para enviarle un mensaje. Los autos a mi alrededor desaparecen y Owen todavía no aparece ni me responde.


–¿Qué demonios le pasa a todo el mundo hoy? –medio susurro, medio grito al sentarme en el asiento delantero. Repentinamente, me siento abandonada en una isla desierta, mis amigos no están por ningún lado. Antes de irme del estacionamiento, le envió un mensaje a Alex para preguntarle si sabe qué le pasó a Owen. Sorpresa, sorpresa, tampoco responde. Apago mi teléfono, ya no soporto ver la pantalla sin notificaciones.

Cuando estaciono en casa, mi estómago se inquieta inmediatamente. Los autos de mis padres están en el garaje, lo que es inaudito a las tres de la tarde.

Estaciono y troto a través del sinnúmero de herramientas y latas de pintura y de barniz para muebles de papá, cuidadosamente almacenadas. Abro la puerta que une el garaje con la cocina. Por costumbre, me saco los zapatos. Mis sandalias apenas se unen a las *Chuck* andrajosas de Owen cuando lo escucho.

–... lo juro por Dios, mamá. Esto es... no entiendo –su voz se filtra desde la sala de estar. Nuestra casa no tiene uno de esos diseños elegantes





de concepto abierto. Cada habitación tiene forma de caja, así que una pared gigante de alacenas bloquea la visión de mi hermano, pero no necesito verlo para escuchar el temblor en sus palabras. Ese sonido hace que me detenga en seco.

–Dice que el fiscal podría acusarte criminalmente, Owen –dice mamá con tono parejo, pero hay un filo en su voz, el mismo que aparece cuando lidia con un cliente furioso–. Y tú me dices que no tienes idea de por qué.

–¡No! Lo juro. Sí, había bebido un poco, pero... –un sollozo corta sus palabras y escucho como respira con dificultad.

Papá murmura algo que no puedo entender, su voz es suave como siempre. Sin embargo, hay algo que no está bien en su voz tampoco.

–Owen –dice mamá–, estás seguro de que preguntaste...

–Ella quería –Owen responde atragantándose–. Lo juro por Dios, ella quería.

–Cariño –dice mamá y escucho el chirrido de un cuerpo moviéndose en nuestro viejo sofá de cuero–, vamos a solucionar todo esto. Estoy segura de que solo es un malentendido. Tiene que serlo, ¿verdad?

–Nunca haría una cosa así –se defiende Owen, su voz está alterada al extremo–. No...

–Por supuesto que no, cariño –responde mamá con suavidad, tratando de calmarlo, pero dudo que funcione. Soy la única persona que puede tranquilizar a Owen cuando está estresado o borracho. Bueno, Hannah y yo.

–Voy a llamar a los Prior otra vez –dice mi papá, su voz se acerca a mí–. Seguramente podemos solucionar esto sin hacer un escándalo.

–Ya no depende de ellos, Chris –interviene mamá–. Es decisión del Estado.

–Bueno, de todos modos creo que debería llamar.



–Gracias, papá –Owen suena tan pequeño. No puedo contenerme más. Dejo caer mi mochila en el piso de la cocina y casi choco con papá al entrar en la sala de estar.

–Mara –dice, sus ojos se agrandan detrás de sus lentes con marco negro. Su cabello con algunas canas está despeinado, como si hubiera pasado las manos por su cabeza una y otra vez–, ¿cuándo llegaste a...?

–¿Cuál es el problema? –pregunto–. ¿Qué está pasando?

No espero a que papá responda. En cambio, lo esquivo, necesito ver que Owen esté bien. Está acurrucado en una esquina del sofá, los brazos de mi madre están entrelazados entre su espalda y su pecho, unidos en su hombro. Está inclinado sobre ella, su cabello desordenado está más descontrolado que nunca y sus ojos están rojos.

–¿Qué pasó? –pregunto.

Los ojos de Owen se clavan en los míos, su expresión emana algo parecido al miedo.


–Nada –responde mamá categóricamente–. Es solo un malentendido.

–¿Sobre qué? ¿Por qué papá va a llamar a los Prior? –Prior es el apellido de Hannah–. ¿Hannah está enferma o algo?

Owen abre la boca y espero que cuente una broma, como hace siempre que las cosas se ponen serias. Cuando la abuela, la mamá de mamá, tuvo un derrame cerebral, pasó las cuatro horas del viaje hasta Kentucky citando a *Monty Python* y *el Santo Grial*. A un desconocido le hubiera parecido insensible, inoportuno y grosero. Pero conozco a Owen. Lo hizo para hacerme reír. Para hacer reír a mamá. Para que todos respiremos con un poco más de tranquilidad hasta que tuviéramos que lidiar con la realidad.

Pero no dice una broma. Me mira unos segundos más y luego baja la mirada hacia su regazo y se pone a jugar con una hilacha de su camiseta.

–¿Mamá? –digo, dando un paso hacia él–. Por favor, me estás asustando.



Mamá suspira, libera a Owen lo suficiente como para refregarse un ojo antes de volver a abrazarlo.

–Como dije, cariño, es un malentendido. Aparentemente... Hannah siente que... ella piensa que... –mamá parpadea rápido, el color de su cara desaparece lentamente.

–¿Qué piensa? –le ordeno a mis pies que se muevan y que vayan hasta el sofá para tomar a Owen de la mano, pero algo me mantiene anclada en donde estoy.

Mamá cierra los ojos con fuerza y toma aire profundamente.

–Hannah siente que Owen... se aprovechó de ella en el lago la otra noche.

–Espera. Piensa que Owen... –pero mis palabras pierden fuerza al mismo tiempo que la situación empieza a tomar forma en mi cabeza.

*Dice que el fiscal podría acusarte criminalmente, Owen.*

*Ella quería. Lo juro por Dios, ella quería.*

–¿Que se aprovechó de ella? –murmuro y Owen levanta su cabeza para mirarme a los ojos.

–No lo hice, Mar. Sabes que no lo hice.

–¿Qué se... *aprovechó* de ella?

Pero todos sabemos que esa no es la palabra indicada. La palabra que deberíamos estar utilizando arremete contra mi garganta, intenta desenredar mi lengua.

–¿La... –trago la palabra. No hay forma de que pueda decirla. No puede ser la palabra indicada en realidad–. Owen, ¿la obligaste a hacer algo que no quería?

–¡Mara! –mamá se pone de pie de un salto, sus ojos echan fuego, sus rizos descontrolados. En el sofá, Owen se encoge hundiéndose todavía más en los almohadones.



–¡No! Por Dios. Sabes que nunca haría eso, Mar.

–Sé que no lo harías. Lo sé. Pero ¿por qué ella diría que lo hiciste?

–Es suficiente, Mara –interviene mamá, pero no es suficiente. Y no puedo detenerme. Necesito entender. Necesito que Owen me explique esto. Porque sí, sé que Owen nunca haría una cosa así, pero también sé que Hannah nunca mentiría sobre una cosa así. Ama a Owen, así que ¿por qué mentiría?

–Nos peleamos, eso es todo –dice Owen, rastrillando su cabello con ambas manos. Las deja allí, las palmas sobre su frente.

–Esta mañana me dijiste que *no* se habían peleado –replico. Mis ojos sienten el ardor de lágrimas que todavía no derramé; mis pensamientos están enredados y dispersos y no puedo aferrarme a uno el tiempo suficiente para darle algún sentido a algo de esto. Tiene que tener sentido de alguna forma.

–Está bien, suficiente –dice mamá–. Ve a tu habitación, Mara.

–¿Qué? –la miro perpleja.


–No estás ayudando. Ve a tu habitación y cálmate.

–No. Necesito... tenemos que... Owen, solo dime qué pasó –sigue con la cabeza entre las manos–. ¡Owen!

–Ve –repite mamá–. Ahora mismo –pone una mano sobre mi hombro y me empuja con gentileza hacia el vestíbulo. Me siento débil, sin fuerza, así que me marchó.

–Todo va a estar bien, cariño –dice mamá–. Conoces a tu hermano. Es solo un malentendido.

Me deja en el pie de las escaleras y presiona suavemente mi mano. Ese es todo el consuelo que me ofrece. Escucho a papá en la cocina balbucear al teléfono. En la sala de estar, escucho a Owen ponerse a llorar otra vez, mamá lo consuela con susurros.



Me quedo sola, de pie en el vestíbulo, la palabra que no se dijo rebota en mi mente como si fuera otro idioma. Las escaleras se encuentran delante de mí, pero no puedo impulsarme para subir. En cambio, busco mis llaves y me desplazo como un fantasma hacia la puerta principal.

Abro.

Cierro.

Puerta del auto. Llaves en el encendido. Mi cuerpo se mueve, pero mis pensamientos... ¿dónde están? Mis ojos se desvían hacia el cielo todavía celeste.

No se ve ni una sola estrella.

Diez minutos después, estaciono en el frente de la casa de Charlie.

